

HOMENAJE DE ROTARY IQUIQUE DESDE EL "PAPUDO" FRENTE A LA BOYA DE LA "ESMERALDA"

Con motivo de celebrarse el 24 de junio el cincuentenario del Rotary Club de Iquique, el señor Gustavo Bussenius leyó el presente hermoso discurso a bordo del "Papudo", frente a la boya que marca el lugar donde descansa en el fondo del mar la gloriosa corbeta "Esmeralda". Por juzgarlo de interés y haber elegido este tema como motivo central de la celebración del cincuentenario de tan prestigiosa institución, la "Revista de Marina" lo publica con especial agrado en sus páginas.

"Cuando muera miraré una estrella y de rodillas le daré las gracias por haber vivido" (Poeta anónimo).

El desprendimiento y el olvido de sí mismo, "el dar de sí sin pensar en sí", la entrega total en cuerpo, alma y espíritu a los postulados de una causa superior y al excitante y misterioso hechizo de lo abstracto, la abnegación y renunciación llevadas incluso hasta la inmolación, son entre otras, las características que distinguen al héroe.

Rotary tiene algo de eso; no en el plano superior sublimante del héroe, pero sí en la modesta medida en que hombres corrientes exteriorizan con su esfuerzo y diario trajín su adhesión al ideal de servicio, en que el desprendimiento y la abnegación hacia el prójimo son sus pilares inamovibles.

Por eso es que hoy nos encontramos acá. Por eso también es que hoy hemos llegado a este lugar sagrado para, en mudo, fervoroso y reverente recogimiento, rendir un homenaje de admiración y respeto a aquellos que hace ya casi 100 años, en este mismo lugar, inmolaron sus vidas en aras de causas y conceptos superiores: el amor a la patria, la lealtad a la bandera, el cum-

plimiento del deber y la devoción ferviente hacia la tierra mágica de nieve, roca, helado y espuma que les viera nacer.

Hablar de las glorias de la Armada y de los Héroes de Iquique es una sola y misma cosa. Ya en los incipientes años de su nacimiento la Armada hizo gala de esa valentía, intrepidez y audacia que la han hecho legendaria. El solo nombre de su primer buque, el "Aguila", evoca por sí mismo la viril fiereza y altivez del libre. Y, cuando ese loco grandioso que fuera Lord Cochrane, al grito de guerra de "Gloria y Victoria" cual casta doncella y en araucano malón raptara de España la fragata "Esmeralda", en el verde, profundo y rumoroso mar de Chile, macho y hembra, "Aguila" y "Esmeralda" se unieron para procrear ese Hijo Invencible que es hoy nuestra Armada.

Mucho y muy largo se ha escrito sobre nuestros Glorias Navales. Mucho más aún se podría decir, ¡así es de pródiga su ya larga historia! Aconteceres, gestas, combates, ¡siempre vencedora, nunca derrotada! . . . Sin embargo, entre todos sus hechos gloriosos, hay uno que destaca y trasciende el marco nacional para elevarse fulgurante y nítido como una antorcha refulgente que es ejemplo y guía de todas las naciones: ¡La Épopeya Naval de Iquique!

Hoy nos encontramos aquí, precisamente en el lugar en que encontrarán muerte e inmortalidad Prat y sus valientes. Pero también lo estamos en el lugar que las hallara junto a ellos quien fuera y es la joya más preciada de la Armada y de Chile entero: ¡La "Esmeralda"!

Y es casualmente este buque, el "Papudo", quien con su nombre honra y reme-

mora una de las tantas acciones que protagonizara: el combate de Papudo en que, por esos extraños designios del destino, Prat, como oficial de Williams, capturó la goleta española "Covadonga", su inmortal compañera de la gesta de mayo.

Años atrás, y siendo yo un joven estudiante, conversaba con un amigo a propósito de lo irreal, de lo fantástico y de lo imaginario. Defendía este amigo la singular tesis de que no sólo las cosas vivas tienen vida, sino también las inanimadas. Es un error —sostenía— decir que lo inanimado carece de vida. También la tiene, pero una diferente, imperceptible para el ser humano —de otra dimensión, podríamos decir— que impide que el hombre, con sus limitaciones, puede tomar conciencia de ella. Todo lo que existe vibra —me agregaba—; vibra el ser vivo y también la piedra. La cuestión es que lo inanimado vibra con frecuencias de ondas que el espectro humano no es capaz de captar. El hombre —continuaba diciéndome— siempre ha creído en lo irreal. Ha poblado sus mundos de seres fantásticos a los que ha dado vida: dioses, semidioses, héroes, valquirias, gigantes, gnomos, brujas y hadas. ¿Por qué, entonces, no creer que estos seres existen realmente? ¿Por qué no creer, entonces, que lo inanimado pueda también sentir, sufrir y vivir como vive lo vivo?

Confieso que las argumentaciones de mi amigo me dejaron perplejo y pienso no haber entendido ni creído mucho lo que me dijera. Lo concreto es que nos separamos y muy pronto olvidé el incidente.

Tiempo más tarde, en un frío anochecer de invierno, encaminé mis pasos ociosos a las librerías de baratillo que había en Santiago en aquellos años en las primeras cuadras de la calle San Diego. Luego de vagar un rato sin comprar nada, pues nada tenía, llegué a una de las últimas, pobre, sucia y maloliente, casi esquina de Tarapacá. ¡Curiosa coincidencia, como verán ustedes! La atendía un viejo tocado de gorra y con enormes gafas colgadas de la punta de su nariz. Con un gesto indiferente y cansado me invitó a pasar y luego se volvió a sumergir en la lectura del libro que tenía en sus manos. Entré, miré, abrí y cerré libros, revolví, ¡en fin! caminando, caminando, me llegué hasta un rincón escasamente iluminado en el que se amontonaban, en incongruente revoltijo, una pila de libros polvorientos y desordenados. Tomé uno al

azar y lo abrí. Era una crónica de la Guerra del Pacífico escrita por don Benjamín Vicuña Mackenna en 1880, si mal no recuerdo.

Me interesó el tema, pues el libro había sido escrito escasamente un año después de ocurrido el combate y me puse a hojearlo. De pronto, de entre sus páginas, cayó un viejo y ajado papel. Iba ya a guardarlo o a botarlo, cuando algo que picó mi curiosidad me incitó a abrirlo. Se trataba de una carta escrita a mano, con una letra antigua, fina y delicada, un tanto femenina, pensé para mí. No iba dirigida a nadie en particular. Decía simplemente "chileno" y a renglón seguido comenzaba:

¡Estuve largo rato leyéndola! Tan enfrascado estaba que casi no oí las voces del viejo indicándome que debía irme, pues iba a cerrar. Guardé la carta en el libro y, prometiéndome volver para comprarlo, me despedí y me fui. Al día siguiente volví a la misma hora. Sin embargo, por más que busqué y hurgué, no lo encontré. El viejo me aseguró no haberlo vendido. ¿Quién se interesaba por un libro así? Seguí buscándolo ese día y al otro, pero lo fue inútil: ni libro, ni carta, ni nada, nada apareció ni ese día ni al siguiente, ni nunca...

Me hallaba en lo que fue mi último intento, cuando de pronto vino a mi memoria el recuerdo de mi amigo y de la conversación sostenida tiempo atrás a propósito de "la vida de las cosas inanimadas" ¡Y un escalofrío corrió por mi espalda! ¿No será acaso cierto que la tengan? pensé para mí. Pues la carta, la buscada carta era precisamente lo mismo. ¿Fue imaginación y la tal carta nunca existió? ¿Fue tal vez un sueño, una broma, tal vez invención? Nunca lo sabré. De lo que sí estoy cierto es que no estaba ni estoy demente ni loco y que yo leí esa carta. ¡Cómo lamento no tenerla conmigo. En todo caso, creo recordarla mas o menos bien, y, si me lo permiten y el tema no aburre, se las relataré.

Luego de indicar el lugar y la fecha, Iquique, 21-5-1879, y de agregar el escueto y parco saludo protocolar que mencionara, seguía más o menos así: "Cuando me leas yo ya estaré muerta ¡pero no te aflijas! lo estaré sólo en el sentido usual de la palabra, ya que seguiré viviendo en mí misma, en mi propia esencia y en otra forma de vida. Viviré además, en la memoria del pueblo al que ofrendé mi vida. Esta

no fue larga. Duró poco más de 20 años y morí aquí en Iquique, justamente hoy día. Tal vez eso sea poco para ti como humano, pero no para mí que no lo fui. Para mí fueron muchos, tantos, que al morir ya estaba anciana, debilitada y enferma; porque has de saber que fui una nave, sí, una nave, un barco o como tú lo quieras. Fui hecha de madera, clavos, tornillos y fierro. No obstante, siempre fui bonita, incluso hasta de vieja.

¡Si supieras que morí con toda mi arboladura engalanada y con mis insignias de combate tremolando al viento, sabrías entonces que no miento! Mi nombre fue simple y muy bello: "Esmeralda".

Contarte mi historia es lo que deseo. No ignoro que luego de mi muerte ¡y en la forma horrorosa que ocurrió!, la gente hablará mucho de mis hijos y de mis camaradas, pero dime: ¿Quién se acuerda jamás de lo inanimado? ¿Para quién tiene importancia una nave, si tan sólo somos madera, clavos, hierro... y nada más? Escúchame:

Nací en Inglaterra y el año por discreción me lo callo. Siendo muy joven hice larga travesía a través de los mares para llegar a mi hogar. Allí me quedé, quieta y tranquila por largos años, pues has de saber también que una de mis virtudes fue ser buque de guerra, con cañones y todo eso. Nunca fui muy poderosa, lo admito, pero esa barrera la suplí con holgura a fuerza de corazón, decisión y coraje.

Ya en mi primera acción demostré a todos mi valía y mi temple. Fue en 1865, lo recuerdo muy bien, cuando la Guerra con España. Enfurecida como estaba con Chile por su apoyo a Perú, envió su escuadra a mi casa en Valparaíso, a exigir explicaciones y a que se le tributaran saludos. Explicaciones y saludos son para amigos, no para enemigos, y como no estaba dispuesta a prestarme a una ofensa, un buen día me escabullí de la rada, y pasando airosa a su lado, me fui. Me dirigí al sur a reabastecerme y a reparar mis calderas.

A nuestro regreso supimos que una nave española, la "Covadonga", se dirigía a Chile a bloquear San Antonio. La esperé en Papudo. Cuando me vio intentó escapar, pero todo fue en vano. Le di caza, la obligué a luchar, la vencí y la capturé. La muy bribona usó todas sus artimañas para rehuir el combate e intentar la huida, como echar un calabrote al agua para evi-

tar su captura enredando mi hélice, y, cuando fue reducida, intentó hundirse a sí misma abriendo sus válvulas. El teniente Thomson, quien fuera más tarde mi comandante, lo evitó. La llevamos cautiva a Los Vilos y de ahí dimos a conocer la noticia. Cuando la supo el almirante Pareja, puso fin a sus días...

Como la guerra continuara, nos dirigimos a Chiloé a juntarnos con nuestros aliados peruanos. Allí, un día, en Abtao, encontrándose solas la "Covadonga" y los peruanos "Apurímac", "Unión" y "América" fueron sorprendidos por el "Villa de Madrid" y el "Blanca", los más poderosos de la escuadra española. Duro combate trabose y en serios aprietos se vieron. Sin embargo, luego de un largo cañoneo, las agresoras mar adentro se fueron. Yo no estuve presente por encontrarme en Ancud.

Concluida la guerra vinieron nuevos años de inactividad para mí. Hubo paz durante mucho tiempo. Y fui envejeciendo. Una vez, recuerdo, en Valparaíso, una enorme tormenta amenazó naufragarme. Ya sin gobierno y resignada a mi suerte un hombre, en un pequeño bote se me aproximó. Por dos veces fue al agua antes de subir. Amarrado a mis palos y tras recia lucha consiguió salvarme junto al comandante. Era Arturo Prat. Le conocía y éramos amigos. Lo vi por primera vez siendo cadete y fui yo uno de los primeros buques de guerra que él conoció. Más tarde, nos volvimos a ver en Papudo y luego en Abtao. Eramos ya viejos amigos. ¡Y lo seguiríamos siendo hasta el Fin de los Tiempos!

Continuó lento el paso del tiempo y yo envejeciendo. Ya no era la de antes. Mis maderos crujían de cualquier esfuerzo y mis calderas tan usadas se rompían al menor empeño ¡Setenta parches en ellas tan sólo contaba a esas alturas! ¡En fin! Cuando se envejece, todo es enfermedad, desprecio y olvido...

¡Y llegó el año 1879! ¡Nuevamente sonde guerra! A bordo todo era carrera, alboroto y bullicio. Sentí, una vez más, como cargaban mi claustro de carbón y armamento. Escuché nuevamente las voces de mando y el taconeo firme y decidido del hombre al subir. Por comentarios supe que llevábamos niños guardiamarinas, no pocos extraños y sí, muchos novatos. Seguramente por vieja me asignaban un papel secundario en lo que iba a venir, y me sen-

tí apenada. Me dolió, lo confieso, pero luego me repuse. Yo bien lo sabía que al tiempo de actuar nadie se portaría tan bien como yo.

Y así, nos dirigimos hacia el norte al bloqueo de Iquique. Llegamos a principios de abril y aquí nos quedamos el "Blanco", el "Cochrane", la "O'Higgins", la "Magallanes", la "Chacabuco", mi amiga "Covadonga" y yo.

Pasaron lentos los días sin nada que hacer; solo balancearse, vigilar y esperar. El 16 de mayo supe que grandes novedades se aproximaban porque de nuevo comenzaron las ordenes y carreras en mi. Según pude imponerme, una gran reunión se efectuaba en el "Blanco". En la noche, y ya terminada, me impuse que la Escuadra había zarpado dejándonos solas a la "Covadonga" y a MI. ¡Nueva desilusión! Se ve que ya nos consideraban buenas para nada.

También supe que habían cambiado los mandos. Ya no era Thomson quien me comandaba, sino Prat, mi amigo y viejo camarada. En la "Covadonga" quedó Carlos Condell, mi amigo también.

Y se sucedieron el 17, el 18, el 19 y el 20 de mayo. Poco a poco comencé a percatarme que algo extraño ocurría. Las tripulaciones estaban tensas, nerviosas. Las vi preocupadas mirando siempre hacia el norte. Presentí lo espantoso, e incitante hormigueo conmovió mi interior... ¡Y en ese instante lo supe! ¡El siguiente día, el 21, sería el del fin!... ¡El del mío y el de todos nosotros!... Y esa noche, cuando ya todos dormían, contemplé con pena y deleite mi última estrella... y, no sé por qué, me puse a llorar...

Y amaneció el 21. Cuando los tenues rayos del sol asomaban tímidos abriéndose paso por entre las nubes que coronaban la sierra, cuando los pájaros marinos, ¡los últimos que en mi vida vería! entre gritos y reclamos levantaban sus vuelos, cuando el verde del mar ceñía sus crestas de orlones de plata y se agitaba indeciso al compás de los vientos, ¡los vi aparecer!... Allí, lejos hacia el norte, bordeando la costa y muy pegados a ella, reventaron dos humos negros, negros como negra era el ala de la noche oscura que me envolvería... ¡Yo ya lo sabía! No tenía que preguntar ni mirar quiénes eran. Ya yo lo sabía: ¡eran el "Huáscar" y la "Independencia"! ¡Y nosotras, pensé, tan viejas, tan pequeñas y débiles!

Como en los añosos tiempos, me apreté al combate. Apreté mis parches, aticé mis fuegos, herví mis calderas, calibré mis cañones, ajusté mis cuadernas y afirmé mis insignias. ¡Qué satisfacción, que descanso, qué orgullo de sentirme chilena! ¡Al fin el combate!

A la voz de Prat nos acercamos a la playa para interponernos entre el bloqueado y sus salvadores. Muy pronto cayó entre nosotras su primera advertencia. Un solo y sonoro grito obtuvo por respuesta que yo también coreé: ¡Viva Chile!

Y comenzó la contienda. La posición ocupada era favorable al principio, pues del "Huáscar" el fuego mucho iba sobre Iquique. Pero luego cambió. Observamos que la "Independencia" se dirigía hacia el sur para cerrarnos el paso, impedir nuestra huida y someternos al fuego conjunto de ambos blindados. Tan pronto Prat vio, ordenó a la "Covadonga" navegase hacia el sur para separar sus fuegos. Así lo hizo y mi último recuerdo de ella fue el guiño que me hicieran sus vergas del trinquete en señal de adiós.

Prat había dicho al trabarse la lucha: "Bien, ahora quedamos los que debemos quedar", y así fue luego que se fuera mi amiga: ¡Habíamos quedado al fin los que teníamos que quedar! Prat, mis camaradas, yo... y la Muerte.

Acosados por mar y por tierra y con un sinfín de lanchones como jauría al contorno, Prat dio la orden de correr al norte. Tan agotada ya estaba que al primer esfuerzo reventé mis calderas y quedé semi inmóvil. Así y todo, logré dirigirme hacia El Colorado. ¡Por un instante pensé que cedíamos! ¡Pero no, una vez lejos del fuego de tierra y ya detrás la jauría, enfilamos de nuevo hacia el "Huáscar".

¡Como yo sabía que era eso lo que él esperaba! Cuando lo vi, al entrar al profundo, me vino un temblor... ¿Era esa la Muerte y esa la forma que para mí tendría? ¡Y allí estaba el monitor quieto, tranquilo, jadeante... esperándome! ¡Sentí miedo, miedo al dolor, miedo a la muerte y a no ver más el día! Me detuve indecisa. Una lancha pasó. Lo volví a mirar, y allí estaba. ¡Obscuro como el mar en tormenta, ligero y siniestro como un tiburón! La fascinación de la muerte hizo presa de mí... ¡Y avancé hacia Ella...!

¡Y vino el primer embate! El veloz golpe del Leviatán furioso fue una cuchillada

de popa hacia proa por mi lado de babor. Y en ese instante de agonía suprema ¡el desgarrador de un grito de rebeldía y de fin! "¡Al abordaje, muchachos!"... Y lo vi saltar solo, la espada en la diestra, la pistola en la otra, sereno, inmutable y tranquilo. Por un instante se volvió hacia mí con un gesto impreciso de despedida y de paz. Sobre la cubierta, y tras él, Aldea. Luego se fueron, uno y otro, arrasados por la bala surgente del hierro...

¡Y vino el segundo embate de la orca de acero! Esta vez dio por la amura de mi lado de estribor y el feroz navajazo recorrió mi cuerpo de proa hacia popa, rasgando mi entraña. Hice agua, que entró a borbotones por el tajo sangrante. ¡Y los vi nuevamente saltar! Fueron esta vez Serrano y doce hombres, que el huracán aventó...

¡Y vino el tercer embate del centurión implacable! Yo ya estaba agónica clavada a mi cruz. No pude hacer nada, no pude moverme ni esquivar su lanza, que clavó profunda muy dentro, hacia el corazón, por mi cuadra de estribor... y el agua y la Muerte se adueñaron de mí. ¡Hundí mi cabeza!, y lento, muy lento, penetré hacia el fondo... Fui hundiéndome mi roda, luego mi castillo, mi palo trinquete con su banderola, mi palo mayor con su gallardete, ¡y al final, cuando ya me iba, mi estandarte de guerra en mi palo mesana...! ¡un clarín y un cañonazo!... ¡Y me hundí por siempre en la rada de Iquique!..."

Hasta aquí llegaba la carta que alcancé a leer. Había algo más que no pude ni podré nunca leer... ni podré contar.

